

11-S El World Trade Center de Nueva York y el Pentágono de Washington son atacados por tres aviones Boeing secuestrados por terroristas suicidas. Las Torres Gemelas se derrumban y un ala del Pentágono queda destruida. Casi cinco mil personas mueren en los ataques.
12-S Yasser Arafat se desmarca de los atentados y dona sangre a favor de las víctimas
12-S El Ejército israelí entra en Jericó y mata a 12 integrantes palestinos

El mundo surgido del 11-S. La guerra antiterrorista ha puesto boca abajo la escena internacional. Se han producido cambios de alianzas, algunos sorprendentes, pero todos los grandes conflictos siguen pendientes. ¿Una oportunidad para arreglar el mundo? Esta es la cuestión.

Oportunidad para cambiar

Xavier Batalla

El 11 de septiembre de 2001 pasará a la historia como una de esas fechas emblemáticas que marcan un antes y un después. Con las Torres Gemelas de Nueva York se hundieron muchas más cosas que dos inmensas estructuras, símbolo del poder económico de Estados Unidos, la primera superpotencia global. Con la caída del muro de Berlín se hundió un sistema de relaciones internacionales cuyo fin fue recibido como una señal de liberación. Con los atentados del 11 de septiembre la señal ha sido de inseguridad, de amenaza al confort que disfruta una parte de la humanidad y de advertencia por las miserias económicas y políticas que parece la otra cara del globo.

En el mundo viven unos 6.000 millones de personas que se reparten mayoritariamente por los 189 estados reconocidos por la ONU. Afortunadamente, es posible una modesta generalización, ya que, entre otras cosas, compartimos un único ecosistema. Pero somos muy distintos en cuanto a nacionalidades, etnias, lenguaje, cultura, sistemas sociales y, sobre todo, en niveles de riqueza y de libertad. El 11 de septiembre, aunque no sea el principio de un choque de civilizaciones, también ha demostrado que al mundo no le sale todo redondo.

Los atentados del 11 de septiembre han puesto fin al periodo de transición en las relaciones internacionales que se abrió con la desaparición de la Unión Soviética, en

1991, cuando se prometió un nuevo orden internacional. Desde la paz de Westfalia, en 1648, cada cambio sustancial en las relaciones internacionales se ha debido a la acción de un Estado. Esta vez, la sacudida no la ha protagonizado un Estado nacional, el gran actor, sino otro agente: un grupo terrorista. Pero el impacto en las Torres Gemelas y el Pentágono ha cambiado el mundo.

El pasado 7 de octubre, Estados Unidos, con el concurso de Gran Bretaña, contraatacó con una declaración de guerra contra el terrorismo, cuya primera fase serían los bombardeos contra Afganistán, donde la teocracia de los talibán da cobijo a Ossama Bin Laden, a quien Washington responsabiliza de las atrocidades del 11 de septiembre. Estados Unidos se movió después de que la ONU aprobara su respuesta a la agresión. Y George W. Bush, que había accedido al poder con sinfonías de tener una vocación unilateralista, rectificó el tiro y optó, finalmente, por buscar el respaldo de una coalición internacional. Esta iniciativa también ha introducido cambios significativos en la escena. Irán, por ejemplo, ya no parece mirar con tan malos ojos ni a Estados Unidos ni a Pakistán.

Los apoyos que ha recibido Estados Unidos han puesto el gran tablero boca abajo, como si fuera la prueba de que a Estados Unidos, aunque superpotencia, el mundo le viene grande. Rusia, de la mano de un Vladimir Putin taimado y prudente, regresará a la escena internacional por la puerta grande. China, que también se temía lo peor con el Bush de antes del 11 de septiembre, se ha crecido tanto que la puerta de la Organización de Comercio Mundial le puede parecer pequeña. Y las repúblicas ex soviéticas de Asia central, bajo la mirada de Moscú, ya extienden la mano para recibir el cheque por haberse convertido en portaviones terrestres para las tropas norteamericanas. Europa, aunque ha contribuido desde el primer día, tiene motivos para estar preocupada: los estados europeos existen, pero la Unión Europea, sin política exterior común, desaparece cuando pinta bastos.

La guerra contra el terrorismo es tan compleja que habría que arre-

glar más de medio mundo antes de cantar victoria sobre Ossama Bin Laden, cuya eventual muerte puede no significar nada. La crisis ha puesto sobre la mesa la necesidad de resolver conflictos que alimentan el terrorismo. Pakistán, aliado musulmán de Estados Unidos contra los talibán, a los que dio vida, está enfrentado a India, que denuncia a Islamabad por patrocinar el terrorismo en Cachemira, región de mayoría musulmana. Y si Estados Unidos es el mejor aliado de Israel, ahora resulta que el primer ministro israelí, Ariel Sharon, es contemplado en Washington como un obstáculo para resolver el conflicto con los palestinos, que Bush desea encauzar para ganarse el apoyo, además de proteger el petróleo, del mundo árabe, ahora en el disparadero, en una guerra donde las víctimas son musulmanas. Estas contradicciones impiden que los cambios registrados puedan considerarse globales.

El mundo sabe que la crisis económica se ha agudizado con la guerra, que el conflicto puede eternizarse como otra guerra fría y que las consecuencias del combate pueden afectar a libertades fundamentales como la de expresión. El mundo también teme que el conflicto amenace con un choque cultural en una etapa histórica caracterizada por las grandes inmigraciones y cuando Occidente, y no sólo Estados Unidos, se está convirtiendo en una sociedad multicultural y multiétnica. Lo que aún no se sabe es cómo será el nuevo orden internacional después de que se cante victoria en una guerra cada vez más confusa. Medio mundo pide justicia y un reparto más equilibrado. Y el otro medio, que parecía convencido de jugar limpio, se ha sumergido en un curso acelerado para entender qué ha hecho mal para que se le odie tanto. Por eso el conflicto antiterrorista, con múltiples frentes, es distinto. Pero, lamentablemente, nada garantiza que el nuevo orden internacional que pueda surgir de las cenizas afganas será diferente a los que, a través de la historia, han hecho funcionar al mundo. Dicen que ahora existe una oportunidad histórica para arreglar el mundo, pero también dicen que el infierno está empedrado de buenas intenciones. ♦

Bush recibe todo el poder de un gigante más unido que nunca

Xavier Mas de Xaxàs

George W. Bush quería ser un presidente minimalista, que pasara mucho tiempo fuera de Washington y, a ser posible, todos los fines de semana en su rancho de Crawford (Texas). Creía más en el poder de los estados que en el poder federal. Detestaba la burocracia y la clase política de Washington. De hecho, ganó las elecciones prometiendo llenar la capital de un aire nuevo, mucho más cercano a las preocupaciones cotidianas de los ciudadanos. El conservadurismo compasivo era su bandera. Había que poner el acento en las pequeñas cosas que hacen grande la vida, como el voluntariado o que los padres lean cada día a sus hijos.

Y así fue. El 11 de septiembre pilló a Bush leyendo cuentos en un colegio de enseñanza primaria de Florida, pero ya nada volvió a ser lo mismo. En estos dos meses ha pasado de ser un presidente con muy poca legitimación -hace un año que el Tribunal Supremo le entregó las llaves de la Casa Blanca- a ser el comandante en jefe en torno al que todo el mundo ha cerrado filas.

De la noche a la mañana, Bush recuperó todo el poder de la presidencia. Desde el "Watergate", hace casi 30 años, el despacho Oval estaba muy devaluado. El Congreso se había hecho con múltiples mecanismos para cortar las alas al presidente, los estados habían ganado muchas competencias, los medios de comunicación habían reducido al mínimo la esfera privada del presidente y los ciudadanos, inmersos en un mundo de paz y prosperidad sin precedentes, habían aprendido a vivir de espaldas a Washington.

El 11 de septiembre, sin embargo, todos miraron a la Casa Blanca, olvidaron los gafes de Bush y dejaron de decir que era su padre, Bush-41, el cuadragésimo primer presidente, quien movía los hilos de la nueva Administración. George W. Bush se cubrió con un manto de legitimidad y poder que no había tenido ningún otro presidente desde John F. Kennedy. A nadie le preocupó cómo haga las cosas. La gente sólo pide resultados.

Más de mil personas han sido detenidas y privadas de un juez durante una semana sin que casi nadie levante la voz, del mismo modo que, durante la Segunda Guerra Mundial, el presidente Roosevelt internó a 120.000 japoneses-americanos como si fuera lo más natural del mundo. También ahora parece lo más natural que el presidente desayune cada semana con los líderes del Congreso. En estos desayunos han pactado la nueva ley antiterrorista, un paquete de ayudas valo-

Rusia, de la mano de un Vladimir Putin prudente y taimado, regresará a la escena internacional por la puerta grande

Habría que arreglar medio mundo para cantar victoria sobre Bin Laden, cuya eventual muerte puede no decir nada

Tras el 11-S, Bush ha pasado de ser un presidente con muy poca legitimación a ser el comandante en jefe de Occidente

La convergencia militar europea avanza y, aunque sea con cuentagotas, los socios de la UE han sumado sus tropas



Gabriel Jackson, historiador 14/IX/2001

(...) La supervivencia de la civilización humana requiere el control y la verificación de la supresión de todos los misiles de destrucción masiva. Hay más que suficientes instrumentos sismográficos, satélites espías, científicos reconocidos y técnicos en los laboratorios del mundo para hacer perfectamente viable la consecución del desarme universal. Lo que se echa en falta es la voluntad y la visión de frenar los beneficios militares a corto plazo en interés de una larga supervivencia de las especies humanas (...)



Javier Solana, Representante de la Política Exterior de la UE. 16/IX/01

(...) La lucha contra el terrorismo no puede ser una lucha contra unos determinados países, culturas o religiones. Los países no son ni buenos ni malos. Las culturas o las religiones, tampoco. Con todas ellas debemos saber convivir. Cualquier generalización de esta naturaleza entraña riesgos peligrosos. Con los terroristas no compartimos ningún valor. Con otras religiones y culturas debemos ser capaces de compartirlo todo, en especial los valores de la civilización, de la humanidad (...)